

PINACOTECA DE HEROÍNAS MITOLÓGICAS

PENÉLOPE



El retorno de Odiseo, también llamado *Penélope con sus pretendientes*, es un fresco del pintor quattrocentista italiano **Bernardino di Betto di Biagio**, conocido como **Pinturicchio**, artista de segunda fila que la sombra de las grandes figuras ha eclipsado. La obra proviene del palacio Petrucci de **Siena**, realizada en **1509**, y formó parte de la decoración de la pared junto con otros frescos que se conservan en la **National Gallery de Londres**. La escena representa un episodio de la *Odisea* de Homero, por lo tanto, se trata de un tema mitológico. El arte de Pinturicchio recibió la influencia de **Peruggino**, con quien posiblemente trabajó en el taller de **Verrocchio** en Florencia y con quien participó en la decoración de la **capilla Sixtina**.

Como pintor quattrocentista, Pinturicchio participa de unas características propias del **arte renacentista** y compartidas con sus contemporáneos, apreciables en esta obra; entre ellas encontramos la **evocación de la Antigüedad** (en el tema de la obra), la **observación de la naturaleza** (en el paisaje de fondo) y el **dominio de la perspectiva** que hace que se supere la bidimensionalidad de la superficie pictórica. En este caso se consigue con la **multiplicidad de escenas**: la primera dentro de un marco arquitectónico como es una **habitación**, y la segunda mediante una **ventana** a través de la cual se observa un paisaje marítimo. Su arte destaca por la especial atención al dibujo, los colores vivos y los efectos ornamentales.

En cuanto a la representación pictórica que nos ocupa, Pinturicchio pinta a los personajes con ropajes cortesanos de su época. La mujer del telar es **Penélope** que teje su interminable tapiz en el momento en que su hijo **Telémaco**, en primer plano, se presenta ante ella, seguido de los pretendientes y de su padre **Odiseo**, todavía en el umbral, sacándose el sombrero. Se aprecian muchos detalles cuidadosos, como el arco y la aljaba de Odiseo colgados en el marco a la izquierda, las joyas y telas, o de vivo naturalismo, como la doncella y el gato jugando con un ovillo delante.

De fondo, en el paisaje marítimo, se representan episodios de la *Odisea*, como el de Odiseo atado al mástil de su barco para escuchar el canto de las sirenas mientras la tripulación se tapa los oídos, o como la conversión de sus compañeros de viaje en cerdos por la hechicera Circe.

Sin duda, debió ser muy difícil para Pinturicchio realizar esta obra: la protagonista es una mujer fiel, que representa el prototipo de amante esposa que aguarda el regreso de su esposo cada día, más si tenemos en cuenta que él estaba casado con una mujer infiel, avariciosa y carente de las virtudes de la bella Penélope.

Este tema ha sido tratado también por John William **Waterhouse** en su obra de **1912** titulada *Penélope y los pretendientes*. Dentro de una composición horizontal, el autor nos presenta en una estancia con vistas exteriores (como Pinturicchio) a una Penélope hilando en un telar en compañía de dos doncellas. Pero ahora Penélope está de espaldas a sus pretendientes, frente a la Penélope de Pinturicchio que los contempla. En el zócalo hay representaciones pictóricas de guerreros alusivos a su esposo y a la guerra de Troya. Los hombres con sus presentes intentan invadir el espacio interior femenino, pero Penélope, concentrada en su labor, no muestra ningún aprecio hacia ellos.



Cuatro siglos han transcurrido entre la obra de Pinturicchio y la de Waterhouse, pero los dos artistas pretenden ensalzar la lealtad y fidelidad de Penélope, representante de un modelo femenino de virtud.

Obras como las que nos ofrecen estos artistas bien podrían ser tema de debate en la actualidad: esa imagen de esposa que espera en casa pacientemente la llegada de su marido, dedicada a sus labores y absorta en un mundo interno construido por los convencionalismos y un trasnochado sistema de costumbres, o bien esa imagen de los hombres invadiendo el espacio interno femenino, intentando agradar mediante obsequios. Sea como fuere, el arte nos demuestra, una vez más, que las mujeres no han pasado inadvertidas en ningún momento de la historia, bien en su papel de Penélope, bien en el de su antagonista **Circe**, la *femme fatale* que veremos en la próxima entrega.

PINACOTECA DE HEROÍNAS MITOLÓGICAS

En la *Odissea* de Homero, **Penélope** (Πηνελόπη, “la tejedora”) es hija de **Icario** de Esparta y de **Peribea**. Estaba casada con **Odiseo** (Ulises para los romanos), el rey de la pobre y rocosa isla de **Ítaca**, y tenían un hijo llamado **Telémaco**.

Odiseo fue uno de los pretendientes de **Helena**, pero sin esperanzas de ser elegido por su pobreza. Fue él quien aconsejó a **Tindáreo**, el padre de Helena y rey de Esparta, que hiciera jurar a todos los aspirantes a la mano de su hija que acudirían en ayuda del marido elegido por ella en caso de conflicto (el elegido fue **Menelao**). Tindáreo lo recompensó dándole en matrimonio a la hija de su hermano Icario, su sobrina **Penélope**. Cuando Helena fue raptada por Paris, todos se vieron obligados por juramento a defender la ofensa, originándose así la **guerra de Troya**.

Penélope es el paradigma de la **fidelidad conyugal**, pues durante veinte largos años aguardó el regreso de su esposo **Odiseo**: los diez años que duró la guerra de Troya más otros diez que el héroe vagó azarosamente por el Mediterráneo en su **odisea particular** hasta retornar a su patria.

Al considerarlo todos muerto después de tan prolongada ausencia, numerosos **pretendientes** se instalan en su palacio banqueteadose espléndidamente a sus expensas y acuciando a Penélope para que elija entre ellos un nuevo esposo. Fiel a Odiseo, sólo ella confía en la vuelta del héroe. Para demorar tal elección ideó un ardid: escogerá a uno de ellos como esposo cuando termine la **mortaja** que está tejiendo para su anciano suegro **Laertes**, como vemos en Pinturicchio y Waterhouse. Durante tres años, **la labor tejida durante el día la deshace por la noche**, hasta que finalmente es delatada por una de sus criadas.

Una vez descubierta su estratagema, decide que se casará con aquel pretendiente que sea capaz de tensar el arco de Odiseo y hacer pasar una flecha por el aro superior de doce cabezas de hachas alineadas. Ninguno de los pretendientes consigue ni siquiera montar el arco. Entonces, Odiseo, que estaba presente en palacio disfrazado de un harapiento mendigo, solicita su participación en el concurso, ante las burlas y el desprecio de los demás. Sin dificultad monta el arco y dispara dando en el blanco, tras lo cual recupera su verdadera apariencia y se produce la cruenta matanza de los pretendientes, de la que Penélope no es testigo por encontrarse en sus dependencias.



El pintor simbolista francés Gustave **Moreau** es el autor de este cuadro titulado **Los pretendientes**, una escena de triunfo y destrucción, con los cuerpos inertes de los pretendientes diseminados por todo el palacio en las más inverosímiles posturas. En medio de la masacre, la figura de Atenea, protectora de Odiseo, se eleva entre rayos de luz para indicar la procedencia divina del castigo.

Tras matar a todos los pretendientes con la ayuda de su hijo **Telémaco**, de su porquero **Eumeo** y de otros fieles sirvientes, Odiseo pide a su nodriza **Euriclea** que haga venir a Penélope. Las sucias y andrajosas vestimentas de Odiseo hacen que ella desconfíe de él y le exige una prueba definitiva de su identidad. El agotado Odiseo pide a su aya Euriclea que le prepare la cama, ante lo cual Penélope ordena astutamente a la vieja criada que arrastre la cama de Odiseo fuera de la habitación conyugal. En ese momento, Odiseo le dice que eso no va a ser posible y le revela el **secreto** conocido por ambos: él mismo talló el tálamo nupcial de un olivo plantado en el centro de lo que luego fue su dormitorio, por lo tanto era imposible moverlo. Ante tal evidencia, finalmente es aceptado por la desconfiada Penélope como el auténtico Odiseo.

El telar y el hilado, una tarea pesada y repetitiva, que anula el tiempo de ocio de las mujeres, son una constante en la esfera de las mujeres míticas del mundo clásico: los vestidos envenenados de **Medea** y **Deyanira**, causantes de las muertes de **Creúsa** y de **Hércules** respectivamente; el bordado primoroso de **Aracne** que le va a ocasionar su perdición; las tres **Moiras** (o Parcas) tejiendo el destino y cortando los hilos de la vida de los humanos; **Atenea** enseñando “sus labores” a **Pandora** o **Nausicaa** encontrando a Odiseo al ir a lavar la ropa de la casa. En cambio, en Penélope se convierte esta labor en un **símbolo de virtud**. No en vano, en muchas inscripciones funerarias romanas aparece el adjetivo *lanifica* (“que trabaja la lana, tejedora”) como una de las grandes virtudes de las difuntas matronas. El nombre de Penélope está emparentado con el latín *pannus* (de donde deriva nuestro **pañó**), para referirse a una tela o trapo.

El **complejo de Penélope** fue acuñado por la psicoanalista austríaca **Marie Langer**, en alusión a aquellas personas, sobre todo mujeres, donde la espera se transforma en una constante existencial en sus vidas. Las mujeres suelen tejer y destejer sueños e ilusiones cuando ya pasó el tiempo y su amor no regresa, creando un mundo interior fantasioso, refugiándose a lo Penélope en una perpetua espera. En estos casos las mujeres sólo están enamoradas de un fantasma, es decir, de la imagen que se han creado de la pareja y no de la persona real que se fue. Esto me recuerda la canción de **Serrat** titulada *Penélope* cuando dice: “*Penélope, mi amante fiel, mi paz, deja ya de tejer sueños en tu mente, mírame, soy tu amor, regresé*”. *Le sonrió con los ojos llenitos de ayer, no era así su cara ni su piel. “Tú no eres quien yo espero”*.

En política, por otra parte, suele denominarse como tal la tendencia de cada gobierno a deshacer lo realizado por el gobierno anterior.